

¿...SERMÓN PERDIDO?

LA PREVIA CENSURA

La libertad de escribir no está libre de peligros; pero son peligros fecundos, que provienen del libre ejercicio de fuerzas opuestas, y nunca de la inmóvil abdicación del espíritu.
Yo no admito ninguna censura; sea del color que sea.

ROMAIN ROLLAND.

Generalizando, extendiendo una buena parte de nuestras leales argumentaciones a un campo de raciocinio sin fronteras, e inspirando otra buena porción de nuestros juicios en la rectitud intencional que mueve siempre nuestra pluma, nos proponemos hoy decir unas palabras a propósito de la previa censura para la prensa, establecida por el Gobierno militar que tiene ahora en sus manos las riendas del Estado, y haciéndonos eco asimismo, de las recientes manifestaciones de varios periódicos madrileños, y algunos de provincias, encaminadas a «descubrir los inconvenientes que se derivan de una censura demasiado prolongada y los beneficios de la libertad de imprenta», conforme expresa, textualmente, uno de estos órganos periodísticos. «Nos place—añade otro—que se abra una brecha en el muro, y no ocurra, que de todas las cosas intangibles sea la misma censura la más intangible». «Con la previa censura—afirma otro importante diario—está cada día más enrarecido el ambiente y no hay quien pueda gobernar en estas condiciones; ni Primo de Rivera ni Clemenceau; para gobernar hace falta la opinión pública, que no puede producirse sin un amplio régimen de publicidad.»

En este saludable y ya razonado movimiento de petición de libertad para la prensa, no es posible que deje de oírse nuestra voz; nuestra voz respetuosa y entonada, cordial y comedida, pero desbordante de ávidos anhelos por la inmediata obtención de un margen de mayores tolerancias para emitir sin timidez el pensamiento, en un espontáneo entrecruce de opiniones e ideas múltiples, de fervores espirituales contrapuestos, de doctrinas gemelas o antitéticas, de concepciones intelectivas libres, caudalosas, pujantes... Y hablando así, no induciéndonos a puntualizar nuestro criterio en la materia, otra finalidad que la de un noble estímulo sincero y rectilíneo, seguramente se contrapesarán nuestros conceptos sin interpretaciones arbitrarias, ni alambicamientos retorcidos para deducir matices o propósitos bien distintos a los que abrigamos. El Presidente del Directorio Militar, refiriéndose a la forma en que habían de manifestarse los periódicos ante las actuales circunstancias políticas, tiene dicho: «No sólo permitiré, sino que agradeceré, las indicaciones, avisos y advertencias que se me hagan acerca de mis actos.» Con la garantía que esta licencia nos ofrece, formularemos algunos comentarios en armonía con la mencionada medida de excepción que, inadecuadamente a nuestro juicio, mantiene todavía el gabinete presidido por el señor Marqués de Estella.

Para muchos, y ello nos llena de asombro, tiene la previa censura una eficacia extraordinaria, una virtud suprema; mayor virtud sin duda, que los famosos jugos de Machaón o que la Panacea redentora de todas las desgracias. Resulta disculpable, y hasta explicable algunas veces, que un gobernante imponga la censura con un carácter de rigorismo exagerado cuando lo requiere la inminencia de los hechos; lo que no tiene en cambio fundamento racional ni verosímil, es que existan «aún» ciudadanos felizmente avenidos con una ausencia de libertad de pensamiento sensible y dolorosa para todos aquellos que no logran despojarse de «la funesta manía de pensar», a cuyo amparo han crecido siempre, en una germinación de morbosas floraciones, los más ciegos despotismos y las más negras tiranías. Esos, los ciudadanos expectantes que se recrean en su propia esclavitud, no necesitan de la libertad de pensamiento, de la movilidad de pensamiento, porque no sienten el impulso de libertarlo ni moverlo... Les basta con masticar el freno, con obedecer la orden categórica, con exhibir un muestrario almidonado de tópicos manidos, una gorra ribeteada de galones o un bastón ridículo de pequeño mariscal... En ellos encarna «la fibra»—triste «fibra»!—de los que miran la cáscara y no el fruto, de los que tocan la superficie y no el fondo; en ellos se prolonga la estirpe—triste «estirpe»!—de los que palmotearon de júbilo al ser ejecutado Rafael Riego, de los que gritaban «¡Viva las caenas!», de los que vertían improperios en los cosos mientras la escuadra hispana sucumbía en Cavite...

Ninguno de estos pedirá que sea levantada la censura para que se remoce el espíritu en un baño de oxígeno, para que tengan alas las ideas... Nosotros, sí; nosotros señalamos al Poder público la inaplazable conveniencia de que cese la censura, lo que originaría en la opinión pública un resultado de positivos beneficios, ya que «la ley no es un principio vacuo», según afirmó Ossorio y Gallardo en sus célebres «declaraciones», a raíz de los «acontecimientos» que determinaron el inminente triunfo de la «forma de gobierno» que hoy nos rige. Cuando la tregua suspensiva del derecho de emisión y publicación del pensamiento, que las modernas Constituciones establecen, al igual que lo «preceptuaba» el Código Fundamental del Estado español, puesto que la lejanía en el disfrute de este derecho infunde apariencias de cosa fenecida; cuando la tregua suspensiva—decíamos—no se limita a las circunstancias críticamente indispensables para soslayar el primer embate apasionado o iracundo a que pueden dar lugar las libertades de la prensa, legales y legítimas, el ejercicio de la censura previa encuéntrase peñado de inconvenientes, de obstáculos, de riesgos; hay en ella tantas inquietudes como liebres en el monte Athos, hay en ella tantos recelos alarmantes como bayas en el árbol de Palas... Y ya en el curso del similitudológico, reconocemos que—como los «protagonistas» de la fábula de Arión—no hay nadie que no se quede «suspendido», entre los capacitados para opinar en esta índole de asuntos, ante la desorientada incertidumbre que envuelve la restricción legal a que venimos refiriéndonos.

Porque la defensa del derecho en toda su magnitud cuando no aparece la urgencia indispensable de reprimirlo a toda costa, ha de ser el primer anhelo de todo Gobierno ponderado... Porque sin libertad de palabra no puede haber discusión, examen, disidencia, y «conviene siempre que haya disidentes»... Porque la prensa libre—lo diremos con la frase de Mailfer—«es el forum de los pueblos modernos»... Porque siempre hemos preferido, en suma, idénticamente que en el campo periodístico en casi todas las actividades de la vida, el sistema represivo—generosamente administrado—al sistema preventivo...

Lo consignamos sin agudas estridencias... Lo sostenemos porque tal es nuestro deber, aunque tengamos la seguridad de que predicamos en desierto, y de que—conforme reza el popular adagio—nuestro sermón será perdido... No importa; en la entraña de nuestras palabras, palpita una emoción sincera, conmovida, de nostalgia de algo perdido no sabemos si temporal o perdurablemente...

Y lo escribimos con una gran tristeza...
¡Con el corazón en carne viva!

Manuel CAMACHO BENYTES.

Compás de espera

Es innegable que las sesiones del Consejo de Instrucción Pública absorben la atención de la España amante de la cultura, por la decisión que éstas motivarán en el Directorio Militar que hoy rige los destinos de la Nación. Constituyen en el ánimo de todos estas sesiones, motivos de preocupación hasta que el Directorio diga la última palabra. Bien es verdad, que actualmente nada en concreto podemos decir acerca de tal o cual decisión, en cuanto que sólo vienen presentándose votos y tendencias diametralmente opuestas a la consideración de los Consejeros, en los cuales cada uno defiende un punto de vista determinado.

Ahora bien; a pesar de estas discusiones, de estos votos particulares, hay algo que está por encima de esto y que forma parte de la conciencia Nacional. No hay escuelas y faltan maestros; este es el grito que por todas partes resuena y que en todos sitios encuentra eco adecuado, como prolongación natural de un estado latente de disgusto y—¿por qué no decirlo?—de indignación inmensa... ¡El analfabetismo español!... ¡Lacra y vergonzoso baldón, cuya responsabilidad a to-

PAJARITAS DE PAPEL

Los amantes de Terpsicoro

Diálogo madrileño

—Te parece que vayamos al baile de la Zarzuela?

—No me recuérdes los bailes de máscaras, que me asquean!

—¿Te vas a hacer cenobita?

—No estoy por la penitencia, pero para mí los bailes hacen tiempo que requiescan!

—¿Quién lo había de decir! ¡con lo aficionado que eras, y lo bien que te se daba!

—¡bailar «chotis» a izquierdas!

—¿Cómo que en eso, tenía tratamiento de excelencia; mas vinieron los «foxtrotes», «tuestés» y demás rales, y esos bailes «epiléticos» no se han hecho para «cenas», porque mi «especialidad» han sido siempre las vueltas, y esas son todo «a guiso»!

—¡No está mal la pescal. Esa es otra de las causas de mi «aversión» a esa fiesta, porque antes solían ir «gachís» castizas de «veras», a las que, después del baile, invitabas a una cena, que resultaba una orgía «archisardanapalesca»; pero las de ahora, se gastan tan «poquísima» vergüenza, que después de «tragelar» «mismamente» que una fiera, te dicen muy finamente: ¡que le aproveche, y te dejan con una cuarta de «apéndice» nasal...

—¡Siempre se exagera.!

—¿Qué te voy a exagerar, si te hablo por experiencia, porque a mí precisamente, me sucedió una historieta tragi-cómica, que me hizo «amputarme» la coleta y declarar el «boycot» a los bailes...

—¿Cuéntame, cuéntame...

—Hará unos dos o tres años, era una noche de esas en que, sin saber por qué, el cuerpo te pide juerga, y al ver que la gente iba al baile, me dió la idea de seguirlo, y cuando menos pensé, ya estaba en la puerta, y aunque al pronto recordé que no llevaba pareja decidí entrar, porque nunca falta una señora suelta que se encuentra, para hacer una «chapuza» dispuesta, y en «efecto», no había hecho más que dar un par de vueltas por el salón, cuando viene una máscara estúpida y «me se» coge del brazo sin que yo me diese cuenta, y me dice: ¿Vienes sólo...?

—¿Como un hego... se mi respuesta, pero si tú me acompañas...

—¿Pues andandol, dice ella; ¡y aquí comienza el «baile» que acabar pudo en tragedia!

dos por igual nos toca, porque ciertas condescendencias suicidas, ciertas tolerancias, fueron seguramente la base del más enfadoso, del más enorme de los despilfarros cuyos efectos ahora son notorios y evidentes por desgracia...

Ante la labor de economía que el Directorio se ha impuesto, ensaja perfectamente no pierda de vista que por lo que a la Enseñanza Primaria concierne, no es solución favorable, ni mucho menos, manejar un cuchillo cereanando lo que conviene mantener a toda costa, porque es cuestión que bien dirigida dará el apetecido fruto.

Una de las tendencias notadas en los informes que han emitido algunos Consejeros es la supresión de aquellos Centros de Enseñanza que por su insignificante matrícula no ocasionan más que gastos sin rendimiento alguno. Entre estos Centros desde luego se encontraban y se encuentran en mayor número que otros, las Escuelas Normales de Maestros, quedando condenadas a desaparecer buen número de ellas. No creo que esta sea solución viable, para conseguir el fin que se persigue, porque con el cierre de estos Centros de escasa matrícula no queda destruida la causa originaria, teniendo en cuenta que los Normalistas serán cada vez menos, mientras que no vean en el Magisterio una carrera de povenir deco-

rose y sean equiparados a los demás funcionarios del Estado. Esta es, según mi entender, la solución que por lo que afecta a Normales es la mejor, si se consigue que los alumnos salgan de ellas colocados con un sueldo mínimo de tres mil pesetas, siendo el ingreso en las mismas mediante una verdadera oposición que atraería a sus aulas la juventud estudiosa, y de vocación notoria, desapareciendo por medio de esta selección los que no demostraran tener las citadas condiciones. Norma parecida a la que se sigue en las Academias Militares.

Creo no equivocarme si se hiciera este ensayo en las Escuelas Normales, porque serían mirados estos Centros como lo que son, y para el fin que fueran creados.

Si España desea colocarse a la altura que merece, equiparándose en todo a las naciones que marchan a la cabeza de la civilización, no haga más que imitarlas en lo que ellas hacen, no quitando de su presupuesto ni una sola peseta de las destinadas a la Enseñanza, porque si la defensa nacional es cosa que a todos los Estados preocupa, no menos debe preocuparles la cultura de los que han de intervenir en esa defensa.

LUIS RELIMPIO.

Ciudad Real—Febrero—1924.

—¿Qué tal «aspecto» tenía tu «incógnita» comparsa?

—Tenía, a primera vista, una figura soberbia, porque iba muy bien vestida, con medias finas de seda, zapatos de raso azul y un «disfraz» de bayadera, que solamente, al mirarla les daba a todos dentere, pues parecía, «talmente», una «hurise» del «Profeta», y sobre todo muy limpia, que tratándose de hembras, ya sabes que a mí me gusta más que nada la limpieza...

—¿Y de formas?...

—¡Como el mismo «debutante», no la modela!

—¿Yo no he visto una mujer más «surtida» de «turgencias»!

—¿Y eran «fetal»? porque a veces engañan las apariencias.

—De eso, doy fe, porque en varias ocasiones, me dió pruebas «palpables», de que no había trampa ni... algeodón en ellas.

En fin, chico, que la invite, a las tres o tres y media, a cenar a los «Gabrieles», ella mi convite «saceta», y yo me digo, ¡menuda nochecita se presenta; con que, tomamos un coche, le digo al cochero: ¡Arreal «pa» los «Gabrieles», que hay prisa, porque está la mesa puesta; entramos a un reservado, pido una opipara cena, con manjares indicados «pa» curar la inapetencia, sin excluir los mariscos, porque has de tener en cuenta que mi plato favorito fueron siempre las almejas; todo rociado con vino de las marcas más selectas.

Antes de empezar el ágape, la digo: ¡Sientate, negra, y descúbrete esa cara, que d'ba ser hechicera! pero como a descubrirse mostraba gran resistencia, yo pensé: ¡d-be de ser como una «gamba» de feal, y «abundo» en mi pretensión con pertinaz insistencia, hasta que, por fin, consigo que se quite la careta, y al contemplar su «jeró», quí dé con la boca abierta, los ojos desorbitados, la faz demudada y trémula, ¡porque no he visto en mi vida más acabada belleza! sus ojos eran dos moras y sus labios dos cerezas, dos manzanas sus mejillas y su nariz...

—¿Una perla

—¡Cállate, y no me interrumpas esta descripción frutera! ¡Como su nariz, no he visto una nariz tan «perfecta»! Con tamaños alicientes, mi mente calenturienta presentía una jornada nupcial de las que hacen época.

Durante la «cuchipanda» dí a mi labia «rienda suelta» y le solté un «chaparrón» de frases madrigalescas, en que, amoroso le hacía las más fervientes promesas.

Cuando el «yantar» acabó, y empezó la sobremesa, juzgando que era propicia la ocasión para mi empresa, de mi vehemente deseo le quise dar una muestra,

y en la región «precordial» la pellizqué como un bestia, y la mascarita, al ver que la cosa iba de «veras», dió un chillido tan agudo, que se oyó a más de una legua, y como si tal chillido fuese alguna contraseña, al momento, dieron unos golpecitos en la puerta.

—¿Quién es...? grité con coraje, ¿se puede pasar...? contestan, y sin darme tiempo a nada: ¡adelante!, exclama ella; y al punto veo, que abre con gran sigilo la puerta y un joven muy «pinturero» en la habitación penetra, con el sombrero en la zarza y una «browin» en la diestra.

—¡Manos arriba!, me grita, y yo digo: ¡Adios carteral, a la vez que me preparo para hacer una «zalema» netamente malismana, como si decir quisiera:

—¡Alá, es grandel, y el «gachó» se «explaya» de esta manera:

—¡Caballero!, muchas gracias, porque tuve la fineza de obsequiar a mi «señora» con una comida espléndida.

Con su permiso, «agüecamos», que la «piltra» nos espera, de modo que ¡usté! descánsel, y que siente bien la cena; y cogiéndose del brazo la desahogada pareja, por el angosto pasillo «amartelados» se alejan.

Yo, al principio, me quedé como si fuese de piedra; pero en cuanto me repuse de aquel «rezo» de «incoscienza», decidí salir, en busca de aquellos dos sinvergüenzas, que con tal frescura hicieran de mí esa burla sangrienta; pero no pude lograrlo, porque al llegar a la puerta, el camarero muy fino, me dice: ¡señor, la cuenta...! alargándome un papel, con mucha delicadeza.

Miro la suma, que «arroja» ciento catorce pesetas, y al ver que me incluyen platos que no fueron a la mesa, ¡no poderme contener, digo!, como una centella: ¿Pero estoy en los «Gabrieles» o estoy en Sierra Morena?

—¿Por qué dice eso...?—Porque figuran en esta cuenta platos que yo no he comido...

—¿Pertenecen a la cena de ese señor, que esperaba a la linda «bayadera» que ha cenado con «usté», y entonces dije: ¡Mi «agüela»!

¡De modo que ese granuja cenó también por mí cuental

Y sin querer saber más, «tiré» de portamonedas y aboné, sin regateos hasta la última peseta.

Fué entonces, cuando juré no volver a tales fiestas, porque todo aquel, que ya transpuso la «cuarentena», solamente va a esos sitios para hacer el «primavera»

¡Y qué terminó la historia! ¡Perdonad si os dí la «palma»!

TOMAS ALMODOVAR.